

«Poderoso caballero es don dinero»: Juan Ruiz y Quevedo a la luz de un tema convergente

Juan Victorio
UNED

[*La Perinola* (ISSN: 1138-6363), 12, 2008, pp. 251-257]

Y pues quien le trae al lado
es hermoso aunque sea fiero
[...]
pues que da y quita el decoro
y quebranta cualquier fuero
[...]
y pues es quien hace iguales
al duque y al ganadero
[...]
pero, pues da al bajo silla
y al cobarde hace guerrero
[...]
Y pues él rompe recatos
y ablanda al juez más severo
[...]
pero, pues da calidad
al noble y al pordiosero
[...]
Y pues al pobre le entierra
y hace propio al forastero.
[...]
¿quién hace al tuerto galán
y prudente al sin consejo?
[...]
¿quién los jueces con pasión
sin ser unguento hace humanos,
pues untádoles las manos
les ablanda el corazón?
[...]
¿y quién lo de abajo arriba
vuelve en el mundo ligero¹?

La Perinola, 12, 2008 (251-257)

RECIBIDO: 3-1-2008 / ACEPTADO: 10-1-2008

Faze correr al coxo e al mudo hablar,
el que non tiene manos dineros quier tomar.

[...]

Sea un ome necio e duro labrador:
los dineros le fazen fidalgo e sabidor.

[...]

Si tovieres dineros, avrás consolación,
plazer e alegría e del Papa ración,
comprarás paraíso, ganarás salvación:
do son muchos dineros es mucha bendición.
Yo vi allá en Roma, do es la santidat,
que todos al dinero fazíanle omildat,
grand onra le fazían con grand solepnidat:
todos a él se omillan como a la magestat.
Fazié muchos priores, e obispos e abades,

[...]

a muchos clérigos necios dávalas dignidades,
fazié verdat mentiras e mentiras verdades.

[...]

Vi fazer maravillas do él mucho morava:
muchos merescién muerte, que la vida les dava;
otros eran sin culpa e luego los matava:
muchas almas perdía, muchas almas salvava.
Él faze caballeros de necios aldeanos,
condes e ricosome de no pocos villanos.
Yo vi a muchos monges en sus predicaciones
denostar al dinero e a sus tentaciones;
en cabo, por dinero otorgan los perdones,
absuelven los ayunos e fazen oraciones.

[...]

El dinero es alcalde e juez mucho loado,
es muy buen consejero e sutil abogado;
aguacil e merino, bien ardit, esforzado:
de todos los oficios es muy apoderado.
En suma te lo digo: tómalo tú mejor,
el dinero del mundo es gran revolver,
señor faze del siervo e del siervo señor,
toda cosa del mundo se faze por su amor².

Invitado a hablar de un autor perteneciente a una época de la que no soy especialista, se puede entender que, para salir del paso, desde el primer momento pensase en relacionarlo con otro autor del que sí pudiera hablar con más soltura.

Afortunadamente, Quevedo es lo suficientemente prolífico, rico y peculiar como para que esa labor no me resultara ni difícil ni ingrata, y desde el primer momento se me impuso otro personaje igual de singular. Me refiero al Arcipreste de Hita, no menos díscolo y satírico. Y, em-

¹ Quevedo, *PO*, núm. 660. Para todas las citas del poema, seguimos esta edición.

² Ruiz, *Libro de Buen Amor*, ed. Bleuca, 1982. Para todas las citas del poema, seguimos esta edición.

peñados uno y otro en señalar los defectos que condicionaron la sociedad en que vivieron, no por casualidad van a tener que tratar uno de sus mayores males, si no el mayor. Me refiero al tema del dinero, en el que, si nos empeñamos, se pueden encontrar autores de cualquier otra época.

A partir de este aspecto, se impone una primera evidencia que debería ser tenida mucho más en cuenta para los estudios literarios, en los que se observa una generalizada tendencia en considerar influencias de un autor sobre otro (y por ende la cultura de este segundo, y hasta una oculta identificación, como demuestra un caso reciente) donde no hay más que necesaria coincidencia.

Empezaré, pues, delimitando los campos de estos conceptos, que quizás no convenzan a nadie. Se puede aceptar que se den influencias en cuanto a formas de expresión por cuanto estas formas son de libre elección por parte de cualquier autor. En este caso, encuentran su territorio la *imitatio* y la *emulatio*, gracias a las cuales un autor pretende igualar, y aun superar, a su referente. Pero, si nos referimos al tema social, esas semejanzas no tienen cabida por cuanto éste viene impuesto por motivos personales y sociales, los cuales pueden llegar incluso a que se dé una coincidencia formal.

Un ejemplo: el que los autores de las cantigas de amigo recurran al «ciervo» como símbolo del amado no significa que lo tomen prestado de la Biblia, como tantos doctos estudiosos pretenden. Significa simplemente que se han dado una vuelta por el campo y han visto, sobre todo en la llamada época de la berrea, actuar a este ejemplar. Y si queda algún escéptico ante esta afirmación, le aconsejo que repare no sólo en el autor, que puede ser muy culto y haber leído ese texto, sino en el público receptor, que a lo peor no sabe que existe tal texto y, en cambio, conoce muy bien la potencia de ese animal.

Pero vengamos a Quevedo y el Arcipreste. Que no hay conocimiento de la obra de éste por parte de aquél no ofrece duda alguna. En un famoso texto en el que compara autores latinos con otros castellanos de siglos precedentes, que le sirve para hacer gala de su erudición, no se hace la menor mención de Juan Ruiz. Debemos suponer, pues, que no conoce su existencia. Sin embargo, coinciden no sólo en la consideración de un tema, sino también en los recursos de su expresión. Y eso es debido a que, como he señalado, son las circunstancias personales y sociales las que determinan, haciendo buena la conocida frase orteguiana de «yo soy yo y mi circunstancia».

Se impone, pues, echar una breve mirada sobre lo que tienen de igual esas circunstancias, a esas respectivas épocas en que vivieron nuestros autores. Por lo que se refiere al Arcipreste, el siglo XIV que le tocó vivir es probablemente el más lamentable de toda la Edad Media, caracterizado por un continuo vacío de poder, con reyes incapacitados, con corrupción de costumbres generalizada en las instituciones que debían dar ejemplo, lo que produce un desamparo y desmoralización de la población.

El de Quevedo, detalles aparte, es también época propicia para el pesimismo dado el derrumbamiento económico, político y de mentalidad que caracteriza al siglo XVII.

Obviamente, un espíritu sensible no puede quedar impávido ante tal estado de cosas, ante el que va a mostrar su amargura haciéndose oír, con voz más o menos potente, y protestar, más o menos frontalmente. El mal que todo lo corrompe va a imponerse por sí mismo, aunque señalado con intensidades que dependerán de la particular situación de uno y otro. Y ese mal es concretado por los dos en el dinero, en el desmesurado deseo de su posesión y, sobre todo, en su poder destructivo.

Echemos, pues, una ojeada a esas diferentes situaciones que podrían explicar algunas cosas. Por lo que respecta a Quevedo, sabemos que se pasó toda la vida merodeando las cortes de poderosos nobles, con éxitos y fracasos sucesivos, pero siempre con la vista puesta en los círculos de decisión. Más aún, se sabe a través de su propio epistolario que fue un agente del duque de Osuna en Nápoles cuya misión consistía en comprar voluntades mediante cuantiosas sumas de dinero³. Estaba, pues, muy bien situado para poder tratar de ese asunto. Y desde esa situación es normal que lo defina como «poderoso caballero», al que no se denigra precisamente. Su sátira, si es que la hay, es más bien un ejercicio de cinismo, pues él es ejecutor de los desperfectos que denuncia. Y, así las cosas, y sin miedo a hacer el ridículo, me atrevería a afirmar que su objetivo podría reducirse a hacer reír más que a entusiasmar comentando cosas que todo el mundo pensaba y comentaba, al igual que cuando se refiere a médicos, jueces, taberneros, cornudos, putas y negros. Así, en grupo y sin dañar a nadie ni nada en particular, para evitar cualquier problema. Por ejemplo, tampoco se atreve a citar expresamente a su rival Góngora en el celeberrimo soneto que le dedica a su nariz ni a decir otra cosa de él que no sea ese apéndice. Y, desde luego, no hay el menor ataque a ninguna institución. Que yo sepa, no sufrió la menor persecución por ninguno de sus textos, ni éstos conocieron el menor problema para su publicación.

Por el contrario, el Arcipreste se sitúa frontalmente contra el poder establecido, como se deduce fácilmente por el tema, la forma y el contenido de su obra.

En cuanto al primero, ese loco o buen amor, supone ya un enfrentamiento con lo que predica la institución a la que pertenece. Y si la Iglesia condena todo trato amoroso, este arcipreste muestra los procedimientos para triunfar en él, mostrando una ironía que es por sí misma una desobediencia a la claridad que impone toda predicación. Y esa ironía es tanto más hiriente por cuanto el propio autor advierte de la utilidad de que se sea «sotil».

A esa ironía hay que añadir la parodia, centrada, entre otros aspectos, en el molde estrófico empleado para la demostración, la cuaderna vía. Por si alguien se ha preguntado alguna vez el porqué del empleo de esta

³ Quevedo, *Epistolario*, ed. Astrana Marín.

métrica por parte del Arcipreste y no ha hallado respuesta, le sugiero que se sitúe en el terreno de la parodia combativa: el mismo molde para caminos opuestos. Es también lo que hace con las serranillas, que le sirven para parodiar las *pastourelles* provenzales, aunque haya otros estudiosos que prefieran ver vida real aceptando de buena gana que alguien en su sano juicio pueda contar sus éxitos eróticos con seres monstruosos y groseros. Y, para acabar con la parodia, y en este caso de lo sagrado, o de lo litúrgico (que en este caso son sinónimos), no hay más que reparar el burlesco uso de salmos en los que, pareciendo que se canta la llegada del Dios verdadero, se celebra la del dios Amor.

Desde luego, esto sólo lo podía llevar a cabo alguien que, dentro de una institución, se rebela contra ella, lo que sin duda puede hacer pensar que ni fue Arcipreste, ni de Hita ni de ningún otro lugar, ni se llamaba Juan Ruiz, nombre y apellido que eran, como he podido comprobar, los más corrientes de su siglo. Dar su verdadera identidad le hubiera supuesto gravísimos problemas, incluso la muerte. Los arciprestes, como la Iglesia manda, defienden su doctrina y pueden decir su nombre sin problema, como lo demuestra el de Talavera.

Juan Ruiz no sigue esas conductas. Seguro que se escandalizó y decidió seguir por otros senderos. Se opuso a esa institución que le hubiera permitido vivir cómodamente, como un cura (valga la expresión), y, lleno de amargura (al menos en lo tocante al tema que nos trae entre manos), va a denunciar con saña este terrorífico mal, al que le va a dedicar una gran cantidad de versos y al que va a considerar no como un «poderoso caballero», sino como un dios al que se le reverencia en la misma corte papal de Roma, así como a contemplarlo no desde una perspectiva general, sino desde una experiencia personal («yo vi...», repite continuamente). En este caso, quizás lograra arrancar algunas risas, especialmente en la estrofa con que inicia su ataque, pero inmediatamente despertaría rabia entre su auditorio.

Así las cosas, detengámonos ahora en lo que me propuse defender al principio: en primer lugar, el tratamiento de un mismo tema no significa que un autor ejerza influencia sobre otro, sino que lo imponen unas circunstancias históricas parecidas; en segundo, entre dos autores que no se conozcan puede haber también coincidencias expresivas al tratar ese mismo tema: sería muy difícil que eso no se produjera; en tercero, que eso no tendría que tener como único objetivo el establecer una mera y curiosa identificación, a un simple ejercicio de erudición. Los aspectos que acabo de exponer lo impiden. Queda sólo curiosear las diferentes frases.

Obviamente, ambos autores tienen que señalar las mutaciones que el dinero llega a provocar. O, si se prefiere, los «milagros». Y para dar cuenta de ellos, se está obligado a jugar con realidades, estados o conceptos opuestos, no precisamente para oponer, sino para mostrar la realización de lo imposible, para lo cual, cuanto más extremados sean los términos, más evidente quedará el poderío del dinero. En unos casos,

esos extremos llegan hasta lo improbable; en otros, y particularmente en Hita, hasta lo imposible.

Así, pues, que el dinero rompe barreras sociales es lo menos que se podía esperar, como uno y otro señalan. En Quevedo, por poner un ejemplo, «hace iguales al duque y al ganadero»; en Hita, «Faze caballeros de necios aldeanos, / condes e ricos omnes de no pocos villanos». Pero lo prodigioso verdaderamente, lo imposible, es cosa exclusiva de este autor, como lo demuestra la estrofa con que inicia su alegato. Así, «Faze correr al coxo e al mudo hablar, / El que non tiene manos dineros quier tomar».

Se comienza, pues, mostrando esas «propiedades» para continuar señalando los diferentes destrozos que provoca en la sociedad, que es el objetivo para el cual se escribe. Y uno y otro coinciden en el descarnado ataque al mundo de los letrados. Quevedo no deja de mortificarlos en sus dos poemas, en uno denunciando que «ablanda al juez más severo», y en otro, mucho más hiriente,

¿quién los jueces con pasión
sin ser unguento hace humanos,
pues untándoles las manos
les ablanda el corazón?

Sin duda, esta insistencia hace intuir que este mal le afectaba muy de cerca. También a Hita, que extiende su ataque a todos los relacionados con la justicia:

El dinero es alcalde e juez mucho loado,
Es muy buen consejero e sutil abogado,
Aguazil e merino bien ardit, esforçado:
De todos los oficios es muy apoderado.
Vi fazer maravillas do él mucho morava,
Muchos meresciën muerte que la vida les dava;
Otros eran sin culpa e luego los matava:
Muchos almas perdía, muchas almas matava.

En donde ya no hay puntos de contacto es en el ataque a las prácticas corruptas de los eclesiásticos. Obviamente, Quevedo no pertenecía a ese ámbito, pero no menos obvio es que no hace falta que se dé esa circunstancia para conocerlas. Pero atacar a la Iglesia es demasiado peligroso si se quiere vivir junto al poder, como le ocurría a Quevedo.

No es el caso de Hita. Como ya dejé apuntado, perteneció a esa institución y, por lo tanto, conocía no sólo cómo se actuaba, sino seguramente también a quienes así actuaban. Su repetida frase «yo vi» así lo demuestra. Y, dado su conocimiento, y sin duda también su aversión, se explaya a lo largo de muchos versos dando un panorama que empieza desde lo más alto, la corte papal en Roma, en donde todos se humillan al dinero como si fuera la suma «Majestad» (que hace rimar con «Santidad»), continúa con las dignidades conseguidas gracias a su adquisición

Facié muchos priores, obispos e abades
 [...]

 a muchos clérigos necios dávales dignidades

prosigue con la práctica de los predicadores que condenan las riquezas, pero que absuelven de todo pecado y liberan de toda penitencia a cambio de dinero, y termina retratándolos en torno al lecho mortuorio de un rico, por el que rezan... para que muera pronto después de hacerles donaciones.

Las posturas frente a ese mal, como puede verse, no pueden ser absolutamente idénticas, aunque muchos conceptos sí lo sean. Este es un aspecto que debería ser más tratado en los estudios literarios. Pues explica muchas cosas y aumenta el conocimiento.

Pues, tomando como base la frase «por sus obras los conoceréis», se puede comprender que Hita abandonara ese círculo de corrupción del que formó parte, se puede comprender que no diera pistas de su identidad (¡a pesar de haber dado esa magnífica obra!), y que no sepamos nada de su vida. Y se puede comprender también que de Quevedo lo sepamos todo.

BIBLIOGRAFÍA

- Quevedo, F. de, *Epistolario*, ed. L. Astrana Marín, Madrid, Reus, 1945.
 Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1990.
 Ruiz, J., *Libro de Buen Amor*, ed. A. Blecua, Madrid, Cátedra, 1982.

